





ALEJANDRA COZ ROSENFELD nació en Santiago en 1972. Artista, terapeuta transpersonal y astróloga en constante formación, estudió Letras y Estética en la Universidad Católica de Chile y Arte en Palazzo Spinelli, Italia. Desde 1994 hasta 2020 trabajó en la producción de la obra de Lotty Rosenfeld y actualmente dirige su Fundación.

Ha publicado los poemarios *Marea baja* (2017) y *La jabalina* (2019), además de la novela *La lava* (Sangría Editora, 2021).



LA LAVA

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 21

ALEJANDRA COZ ROSENFELD

LA LAVA



SANGRÍA

© Alejandra Coz Rosenfeld
International Standard Book Number: 978-956-8681-99-9

© Derechos para esta edición:
2021, SANGRÍA EDITORA
Las Torcazas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, Sangría Editora no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que —con su debida coherencia y fundamentos— la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Carlos Labbé, Mónica-Ramón Ríos, Angelo Alessio, Camila Soto Illanes y Martín Centeno.
Diagramó el libro Carlos Labbé.
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña.

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en diciembre de 2021 en Imprensa Feysler.
Impreso en Chile.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con las editoras y los editores.

*Para mi madre,
la sacerdotisa.*



Que seja eterno enquanto dure

Cuando salimos era ya de noche y yo veía a Júpiter y sus lunas. Entonces pasó una estrella fugaz.

London Calling

Ahí estabas en medio del tumulto, de las bolas de espejos y de la música que no dejaba escuchar a nadie más. Abundaban las risas, el tequila, el espíritu creativo plural de los artistas convocados. La exhibición había sido un éxito y ya se hablaba de ella, estábamos satisfechas.

Era el encuentro perfecto de una noche perfecta en el corazón de Londres. Una noche planeada como un encaje de piezas de colección, como la danza de una estrella. Me miraste directo a los ojos y sin titubear caminaste hacia mí. Mi corazón saltó. Ya sabía quién eras. Tus ojos amarillos me hipnotizaron, el pelo desteñido tuyo bien revuelto y no sé qué más.

Algo me susurraste. Subí mis hombros sin entender, te acercaste más y, casi rozándome, lo repetiste suave y lentamente. Un cosquilleo me recorrió por completa. Me tomaste la mano y me llevaste a la pista de baile mientras me besabas.

Bailamos lo suficiente hasta que en portugués me dijiste vámonos. Hacía frío. El invierno ya había comenzado en Europa, incluso había nevado un par de días antes.

El cielo estaba completamente estrellado.

Cruzamos Buckingham Road corriendo y entramos al parque.

El uroboros

Sentada en los escalones de piedra te pintas los labios pensando en lo simbólico que es volver a Londres después de tantos años y en lo imposible que es no regresar al inicio. Te arreglas las medias exageradamente mientras miras a lo lejos el polvo que levanta el taxi que habías pedido la noche anterior, lo que calma tu histeria instalada hace unos días en tu estómago de mariposas, una premonición a la que no piensas hacerle caso. Vives en un diminuto pueblo italiano en medio de la nada, en medio de la nada y en medio de todo. Es un minúsculo pueblo medieval donde escribes, escribes y pintas. Escribes, pintas y paseas por el jardín. Escribes poemas, pintas a veces corazones, a veces volcanes y sí, paseas por el jardín. Escribes cuentos cortos y cuentos largos, pintas con óleo y cosechas damascos. Escribes, pintas con los dedos y recoges las hojas secas entre las hortensias azules, que te recuerdan a algún lugar del sur de Chile. Eso le contaste hace mucho en una postal. Escribes, pintas, lees

también. Revuelves la mermelada y llenas por completo tus pulmones.

Subes al taxi. Arrastras tu pequeña maleta. Llegar al aeropuerto de Pisa te tomará un par de horas y a Londres un par más. Vas tranquila.

Tu corazón palpita fuerte. Londres siempre será Londres, mascullas al oír una samba que alguien toca dentro del metro. Te apoyas en el mango de la maleta que has extendido al máximo y cuentas las paradas que te faltan. Piensas en las seleccionadas y escuetas palabras que dirás en la inauguración. Una retrospectiva cinematográfica en el Museo de Arte Moderno es un merecido reconocimiento a la obra de tu madre; la capacidad de agradecer correctamente forma parte del show, te diría ella con su peculiar gesto en la boca. Las ideas vagan por tu cabeza y de pronto algo te jala los pies. Es un dibujo de un uroboros, especie de serpiente que se come su propia cola. El inicio y el fin. El ciclo eterno. El permanente retorno. Te bajas en Hyde Park Corner.

Estoy en un pueblito cerca del mar. Es un monte, una isla. Ando con mi cuaderno debajo del brazo, cuando ordene mis pensamientos escribiré. Ahora, de camino por las angostas calles de piedra, me distraigo de golpe con unas voces angelicales, irrumpe un oboe y lo sigo; doblo a la izquierda, emerge la catedral. Son cantos gregorianos. Sin dudarlo entro y me quedo totalmente paralizada. Tallados de madera, dorados santos y ángeles esculpidos como encajes.

Hay bellezas sublimes.

La campiña

El silencio y los grillos estivales te recuerdan al desierto.

—Ayer temprano había una decena de codornices. Me acerqué en puntillas para que no me sintieran, pero igual se volaron —me cuentas, decepcionada.

Llevas registro de las distintas especies de pájaros que te visitan: zorzales, estorninos, gorriones, alondras. En la terraza al lado de tu pieza hay una tinaja empotrada al muro que mantienes con agua.

—Aquí se vienen a bañar —me dices, metiendo la mano y sacudiéndola, sonriente, cerca de mi cara—. Antiguamente debe haber sido bebedero de animales.

Dedicas tiempo a estudiar. Me hablas de plantas y flores medicinales, de la posición de los planetas y cómo influyen en la psique humana y en el cultivo; de que cuando pintas se te pasan las horas volando, de que cada tanto te da por la espátula por su gesto, aseguras, moviendo las manos pintadas de colores. Haces experimentos con té, cúrcuma y betarraga que te recuerdan a María, una búlgara que co-

nociste hace años y que pintaba sólo con tinturas naturales. Eso me cuentas con ojos grandes.

Convertiste el antiguo establo en taller. Las argollas gruesas de hierro, donde se amarraban caballos y otras bestias del medioevo, siguen embutidas en la pared de piedra. Ahora cuelgas los paños con que limpias tus pinceles y otros artefactos. También cuelgan, aún lozanos, los racimos de lavanda que vas dejando secar para poner bajo las almohadas, porque sabes dan un buen dormir.

En tu habitación hay una pintura de un volcán, don Licancabur. Me lo presentas con una reverencia. A los pies de la cama, una ventana de cuerpo entero da a la terraza. Una enorme flor de la pluma se enreda sin timidez sobre el tejado y, por entre las ramas de un gran damasco, mermeladas y kúchenes recuerdan a tu abuela materna, la gran sabia de quien aprendiste el don de la alquimia y por quien llevas tatuada una mariposa en tu muñeca derecha.

No sabía qué día era. Sin percatarme, había vuelto a caer.

Veía en la televisión la película de una mujer sometida tratando de escapar y me daba cuenta, horrorizada, de que era yo misma. Ya no te quería, de eso estaba segura. No sabía si era viernes o sábado, y no quería hacer el amor contigo.

Mi abuela teje un chaleco, uno muy muy grande, y me cubre con él.

Tú entras.

Te da una llave que está rota, pero te convence de que es perfecta. Yo la miro. Es una llave chica llena de pedazos sueltos como esquiras.

Ella me guiña un ojo.

Luego me explicará el punto que tendré que tejer de ahora en adelante.

La mariposa

Cuando mi abuela murió, supe que había vida después de la muerte.

Mi abuela era una mujer increíble y me enseñó muchas cosas que sabiamente aplico a diario. Me enseñó a tejer a crochet. El tejer ayuda a calmar la mente, a focalizar, a meditar, a sanar y aprender a esperar. Semejante a la repetición de mantras, es un conteo constante y suave. Me enseñó también a cocinar las cosas más ricas y variadas.

Estuvimos juntas hospitalizadas. Yo, a punto de parir. Ella, recién extirpada de un riñón. Tenía noventa años. Me pasé tardes completas tejiendo junto a ella un cubrecama de algodón color crudo que vendría a ser por una parte mi examen de grado en el arte de tejer y por otro el regalo de bienvenida a mi tercera hija. Cuando nació, se la presenté ahí mismo. Ella la tomó y le dio un soplo sobre su pelo de fuego. Luego comenzó a cantarle.

Mi abuela me dijo que cuando llegara el momento la peñara con el prendedor de mariposa que tenía guardado en su cajón. Lo dejé sobre la silla donde yacía el traje negro de dos piezas que había escogido para la ocasión. Mi hija tenía cinco meses entonces. Lo último que había tejido fue un chaleco amarillo pálido, que aún conservo. Con mi madre la vestimos. Fue cremada en agosto y, sus cenizas, arrojadas al mar.

El primer regalo que recibí esa navidad fue un prendedor de mariposa. El segundo, una libreta de mariposa y así sucesivamente.

El recorrido

Me llevas de la mano desde el taller hacia la cocina, que emerge después de unos escalones de piedra. Estás contenta. Pareces una niña jugando dentro de un laberinto. La casa tiene una vista panorámica a las ondulantes colinas de La Toscana, con sus caminos terracota tan bien delineados por cipreses y olivos, círculos de paja y una que otra viña. A lo lejos se divisa un campanario muy antiguo.

En medio, una mesa redonda de madera viste siempre un jarrón desbordado de flores silvestres, de las cuales consideras tienes mucho que aprender. Sobre la alacena, lo que no puede faltar: miel de la zona, que si es de la zona tiene efecto antihistamínico, me adviertes mientras acercas una cuchara a mi boca.

—El queso me lo traen del pueblo, el vino es de mi vecina y el café lo compro de Brasil cuando la saudade es más fuerte —continúas con un largo y coqueto pestañeo, mientras pones la cafetera al fuego.

Cultivas las verduras en una pequeña huerta a un costado de la cocina.

Bajando unos peldaños está tu escritorio. Un sillón cubierto por aguayos andinos enfrenta el ventanal que mira al poniente, donde por las tardes nos hemos sentado a observar il tramonto.

—Ven aquí conmigo —me dices, estirando tu brazo y tomando mi mano.

El atardecer cubre de dorado los campos. Las colinas han cambiado de tonalidad. El cielo es una franja color naranja que se va transformando lentamente en rojo y luego púrpura, para terminar en azulino oscuro. Nos quedamos allí en silencio. Yo acaricio tu pie descalzo y tú mi pelo.

—Prenderé el fuego, meu amor —digo, al ver salir las primeras estrellas.

Al lado de la chimenea tienes una poltrona. Es tu lugar predilecto para las lecturas invernales, con sus implementos para atizar el fuego. Me pides que te toque algo al piano. Lo hago de espaldas a una biblioteca con una escalera de madera y piedras en forma de corazón entre los libros; aún conservo la que me mandaste. También puntas de flecha, zapatos antiguos, objetos diversos que fueron de tu madre, de tu abuela y hacia atrás.

Tu preciado escritorio fue regalo de una querida amiga de tu madre, escritora también. Cuando llegaste a Italia, te invitó a pasar unos días a una villa que alquilaba

hace muchos años en Roma. Esa ciudad era su lugar para escribir.

—Te quiero dar la bienvenida personalmente —dijo al teléfono.

Regresas con una mesa de madera de roble de patas labradas, llena de profundidades y bienaventuranzas. Sobre ella, una foto con tus cuatro hijos, tomada en tu desierto querido. Otra, con tu mamá en un templo budista.

—Es en Katmandú —especificas, apuntando a la pequeña bandera tibetana.

También hay una imagen de tu padre en el Ponte Vecchio en Florencia, otra de tus abuelos maternos cuando eran jóvenes y una de nosotros.

—Esta la tomó tu madre. Estábamos en Valencia —te digo mientras enciendes las luces.

—Via del Salviatino, per favore.

Me subo, temerosa, al taxi. Los tres hombres que van dentro me miran con sospecha. Pienso en bajarme.

Al llegar a la universidad, que es también un internado, veo que las salas están ocupadas por jóvenes en el suelo, cubiertos con unos chales. Los secuestraron y los mantienen drogados con opio ahí, todos con suero conectado a la vena. Así me parece. El jardín es un parque enorme.

Nos metemos a un riachuelo. Una compañera se moja hasta las rodillas y sale manca. Luego le vuelven a poner su brazo. Entran unos caballos salvajes al agua.

Planeo escapar, pero no tengo el valor.

Al volver, un compañero de escultura vomita guirnaldas navideñas y escarchas doradas sobre un sillón. Una enfermera le sostiene la cabeza. Luego, desde una pequeña ventana de la buhardilla, veo como se lo llevan. Le hago señas con la mano. Miro hacia arriba. Me mira. Sé que no regresaré.

El cóndor

Dijiste que el responsable de tu pánico a los aviones había sido un cóndor y también la causa de que solieras tomar algún tipo de licor fuerte antes de volar. Generalmente pedías un shot de algo que tuviese un rápido y comprobado efecto.

—Un punch al mandarino, per favore —pediste sentada en la barra del bar, mientras agitabas enérgicamente la pierna que colgaba de la silla.

Esta vez escogiste vodka en un cóctel que tiene la particularidad de ser servido prácticamente hirviendo. Es una eficaz bebida para el frío y el miedo.

El barman deja el vaso humeante sobre la mesa. Esperas para no quemarte los dedos, oyes el primer llamado. La tensión aumenta. Por un segundo recién eres capaz de agarrar el vaso, te lo llevas a los labios, tomas la temperatura y lo bebes de un trago. Así te habían enseñado tus amigos italianos. Dejas el vaso en el mesón con un golpe mucho más suave de lo que te hubiese gustado,

imaginando cómo sería lanzarlo por la barra hasta que estrepitosamente estallase en el piso.

—La suerte ya está echada —murmuras.

Tomas tu maleta, guardas el revólver imaginario después de una escena vaquera imaginaria y partes. Estabas entusiasmada porque ibas a encontrarte con tu madre, a quien no veías hace casi un año, y porque Londres era una de las ciudades que querías conocer antes de terminar tus estudios en Europa. Vivías en Florencia y ya habías aprendido a moverte sin dificultad.

Partir a Italia, esa necesidad de arrancar, fue provocada por una seguidilla de sucesos interconectados. Por un ensamblaje de hechos totalmente sincronizados que se fueron desencadenando sucesivamente uno sobre otro. A veces a eso le llaman destino.

Hay un prado y un árbol por donde sale miel. Una amiga la recolecta con una toalla en la boca.

La miel comienza a emanar del suelo. Traigo un frasco para guardarla y ofrecerla.

Digo que es muy sana. Que es la lava de la tierra.

Teníamos que caminar hacia la derecha y hacia la izquierda cuatro veces.

Había muchísima vegetación y un poco de neblina.

Nos juntábamos con otro grupo de personas que iban al mismo lugar.

La última puerta al fondo

La idea de dejar la carrera había rondado por mi cabeza suficientes meses. Esa mañana crucé el patio de los naranjos y una estela de azahar acompañó la sensación de que quizás sería la última vez que deambularía por esos lares.

Sé que no extrañaré a nadie en particular. El patio central fue mi lugar preferido. Me gustaba sentarme a mirar la gente pasar; esa era una de las cosas que había aprendido con mi madre y de las que disfruté tanto hacer con ella: el gusto de sensibilizar el ojo, de educarlo, de mirar cada detalle y, si es posible, tocar las texturas. Era el lugar donde vendían las mejores sopaipillas. Yo me las comía con mostaza.

La facultad de Letras está al final del final de todos los pasillos de la universidad. Camino sin detenerme. Qué se le ofrece, me pregunta la secretaria académica, alargando la sílaba y sin levantar la vista. Hablo. La última puerta al fondo, balbucea. Frunce los labios para indicarme el camino.

Golpeo. Una placa de bronce a la altura de mis ojos dice: J. Santamaría / Director de Lengua Hispana. Me saluda cariñosamente. Nos conocemos desde el principio de la carrera y ha sido mi profesor de Gramática I, II y III, las cuales me significaron algo de sudor y una que otra lágrima. En cierto punto la gramática se volvió una pesadilla matemática, la única vía posible para lograr el desglose completo o parcial, dependiendo del modo verbal, de la última partícula de la oración en cuestión, de sus complementos directos, indirectos y pluscuamperfectos. Dudaba de que alguna vez llegaría a dominar ese tipo de mente lineal y pulcra.

Sentada frente a su escritorio le cuento mis planes. Le hablo de lo que me incita a dejar la carrera y de esas irrevocables ganas que tengo de largarme lo más lejos posible. Digo que necesito encontrarme a mí misma, que necesito replantearme por completo. No sé lo que estoy diciendo, pero la verdad es que mi corazón está herido. Siento que no me queda nada más que marcharme lejos, como en la canción de Lhasa de Sela: «He venido al desierto para irme de tu amor».

Después de la reunión con el director de carrera fui directamente hasta la estación y compré un pasaje sólo de ida. Partí en dos días. Porque, como es bien sabido, para encontrarse primero hay que saber perderse.

La tierra está húmeda y llueven gusanos blancos. Son pequeños, trato de que no me caigan en los ojos ni en la boca. Los cierro bien. Agito las manos cerca de mi cara. Delante mío hay una mujer que tiene el tobillo mal encajado.

Piensas en un dodecaedro verde.

Lo imaginas. Lo soplas en la palma y se lo dejas sobre el tobillo. Es que te acuerdas de tu profesor de magia. Tampoco te importa si le funciona, lo haces ya casi sin esperanza; no porque no confíes en el poder curativo de la Geometría Sagrada: eso no se discute ni se cuestiona, eso sucede sin más y sin menos. La esperanza se debe mera y exclusivamente a la realidad en la que estás inserta.

Hay una puerta en el suelo. El lodo la cubre.

Sacas con los dedos ese lodo. Es greda, piensas. La amasas un rato. Te preguntan si te gusta hacerlo y dices que sí, mirándome.

La puerta es muy pequeña. Parece un cajón.

Tienes que llegar a cierto lugar específico. Llevas algo
envuelto, parece un corazón que aún late.

Hay que apurarse.

No puedes esperar a nadie, ni siquiera a mí.

Licancabur

Arrendabas un cuarto a las afueras del pueblo, en la casa de un matrimonio que tenía una panadería. La Mona tiene varias piezas que ha ido construyendo con los años, una al lado de la otra, con un baño compartido.

—La cocina la pueden usar, siempre y cuando me avisen —repite, mordiéndose las uñas.

Tu pieza es de adobe, como todas las construcciones del pueblo. La puerta es azul y tiene en la pared un dibujo de la cordillera con un cielo estrellado y una familia de alpacas. El velador es un cajón de tomates. Tu improvisado clóset, una caja reciclada de una centrífuga. Un clavo largo sirve de perchero para que cuelgues los jeans y alguna chaqueta. La pieza se cierra con un candado por fuera; tiene una pequeña ventana de madera también azul que mantienes siempre entreabierta para que el sonido del espantaespíritu metálico que dejó colgado George, el anterior arrendatario, se cuele como el olor a carbón y tierra que se mezcla con el incienso de sándalo

que prendes cada mañana. En la pieza de enfrente vive tu amiga de Concepción y al lado un italiano muy, muy guapo quien se convertirá en un eslabón que conectará con otro eslabón y con otro eslabón y otro más. Siempre supiste que la casualidad no existe.

El marido de la Mona se encarga de la panadería y de encender aquel motor que amas y odias. Lo maldices cuando comienza a tronar a las 4:30 de la madrugada si tienes que trabajar temprano y lo adoras cuando vienes de regreso de alguna fiesta porque a esa hora sale el pan del horno; golpeas suavemente la puerta de latón que bambolea, el Chuma asoma la cabeza blanca de harina y, antes de que termines la frase, te pasa una marraqueta calientita con un pedazo de queso de cabra en su interior que dichosa te vas masticando a tu pieza. Lo bueno del adobe es que si está fresco afuera, adentro está tibio, piensas al entrar, y, si hace calor afuera, adentro está fresco. Te sientas en la cama sin soltar el pan. Te sacas las zapatillas con una mano y las lanzas cerca de la puerta, una primero y luego la otra. Acomodas la almohada y terminas de tragar mientras oyes las campanillas del espantaespíritu.

Lo que más te gusta es despertar con esa distancia.

Respiras bien hondo ese aire puro y seco. Te estiras lo que más puedes en la cama, pones algo de música en una pequeña radio a pilas que no sintoniza muy bien y

te levantas con ese destiempo que sólo la vida de pueblo puede otorgar. Con ese aire de mañana y ese silencio de desierto que deja oír la brisa y a uno que otro gallo, te vas levantando polvo por las calles en dirección al centro.

El desierto tiene aroma a tierra seca, carbón y viento.

Los colores son implacables. El azul es azul, el verde muy verde, todo brilla y los sonidos se eternizan.

Mayo, otoño

Estoy sentada en la última fila al lado de la ventana. El conductor del bus dijo que tardaría veinticuatro horas en llegar a destino. Me preparo para el largo viaje. Abajo, mi mamá y mi papá mueven sus manos con cierto apremio. Mi papá me ha entregado una carta que metí en mi diario. Las hojas tienen su olor. Prefiero esperar que parta el bus para leerla porque sé que lloraré y así fue: lloré durante horas mirando por la ventana.

La calle principal se llama Caracoles. A una cuadra está la única plaza. A un costado de la plaza, la iglesia que fue construida sin un solo clavo, nada más amarras de cuero de llamo y madera de cactus. Al frente, la comisaría, donde los límites de la legalidad son siempre nebulosos; basta con saber que los camellos que atraviesan los Andes usan calcetines verdes. Por esa misma calle aparece el museo del padre Le Paige, cuya construcción de piedra poseía una belleza arquitectónica digna de resguardar. Actualmente ni los cimientos quedan, demolido con la

excusa de una remodelación que nunca llegó. Nada más quedan banderas negras que cercan el espacio a modo de luto. Las momias y el material arqueológico figuran en unos containers en la mitad del desierto.

El único dueño y señor del pueblo fue, es y seguirá siendo el Licancabur, el volcán sagrado que protege y castiga. Los atardeceres en torno a aquel majestuoso lugar nunca pasarán desapercibidos, tampoco los amaneceres.

A veces tiene nieve en la punta o un sombrero de nubes blancas.

A veces agarra tonos rojizos o se esconde por completo bajo nubes de lluvia.

A veces la luna llena se le asoma por detrás para iluminar el paisaje. Esa luz se refleja en el suelo, sobre los pedazos de sal y cuarzo que brillan como estrellas.

Calama

Tuve que esperar varias horas para poder abordar el único bus al pueblo. Me subí con unos ingleses y le pasé un caset de Génesis al conductor, quien amablemente lo puso.

Ese paisaje alguna vez fue el fondo del océano.
Es otro planeta.

Estoy con mi madre en Bali, tal vez. Recorremos las calles siguiendo a una fila de monjes de naranjo que van dejando cojines redondos sobre la vereda.

Uno de ellos me pide la revista que llevo bajo el brazo como ofrenda. También algunos dólares.

Observo cómo hacen mayonesa con yogur.

Nos sentamos en una gran mesa. Hay mucha gente. Mi hermano, mi prima, varios amigos, todos comen pasteles con crema chantilly.

Londres

El hotel estaba en el corazón mismo de la ciudad. Dejas tu maleta en la entrada y subes corriendo las escaleras. Golpeas la puerta de la pieza, jadeas por la emoción del esperado encuentro. La puerta se abre con unos brazos extendidos. Allí está tu madre, tu gran amiga, compañera y confidente. El abrazo es largo antes de que te empuje hacia atrás y te diga:

—¡Déjame mirarte! ¡Estás preciosa, me encanta tu pelo!

Habías decidido cortarte el pelo en una especie de arrebató. La culpa la habían tenido aquellas tres largas páginas de explicaciones y metáforas cursis que trataban de justificar por qué te estaban dejando por fax, c'est fini, lo siento pero el poncho me queda grande. Cuando terminaste de leer eso partiste furiosa cerro abajo y fuiste directo donde Aquiles, tu amigo peluquero.

—Taglialo tutto —le habías dicho, moviendo las manos teatralmente por el costado de tus orejas.

Y chac chac chac sonaban las tijeras mientras caían tus largos mechones al piso. Quedó tan corto que en varias

oportunidades cuando estabas de espaldas te decían ragazzo. Todo parecía tan fácil con el pelo corto.

Sentadas en la cama tú y ella se pusieron al día de los últimos sucesos familiares y políticos, europeos y chilenos. Salieron a un bar cercano a comer mientras tu madre te explicaba en qué consistiría su participación en el Festival de Cine Experimental y Performativo.

La habías acompañado a eventos similares desde los diecisiete años, de cuando terminaba la dictadura en Chile y para algunos las fronteras se abrían con esperanza. El primero fue el Festival de Cine de Madrid que se realizó en la Residencia de Estudiantes, ahí donde vivieran Buñuel, García Lorca y Dalí. La película escogida para la apertura era un documental de tu madre sobre la lucha de las mujeres latinoamericanas para obtener el voto.

Pasaron esa navidad allí. Fue la primera vez que realmente justificaste la existencia de árboles de pascua adornados con nieve y frío. Las calles estaban iluminadas, las vitrinas exhibían guantes, bufandas y botas. Llevabas un abrigo gris hasta los tobillos. El comedor de la Residencia estaba decorado con pompa. La larga mesa se desplegaba con turronec de muchos tamaños, sabores y texturas envueltos en dorados, semi dorados, plateados, rosas metálicos y transparentes, formando montículos sobre las bandejas moriscas. En una esquina, un portentoso árbol titilaba de forma intermitente a distintos ritmos

azul, blanco, rojo y verde, bajo las lámparas de lágrimas que pendían como testigos de su abundancia y de su fe.

En nochebuena, acompañaron a una pareja de cineastas argentinos que participaban en el festival con una película sobre los detenidos desaparecidos de su país. Durante el postre les ofrecieron hachís. Miraste con curiosidad cómo mezclaban meticulosamente el tabaco con una pasta negra mientras esperabas alguna señal aprobatoria de tu madre.

—La última vez que fumé me separé del padre de esta niñita —dijo ella para poner fin al ofrecimiento.

Ese había sido el comienzo del camino que recorrieran juntas durante años y que las llevara de París a Puerto Vallarta, de San Juan a Nueva York, de Miami, Nueva Delhi, Berlín, Buenos Aires, Kassel, Venecia y Katmandú a Ciudad de México y Cali. Le debías tanto a tu madre.